

Correspondencia Moral

J. L. P. — Su carta me ha sido gratísima por muchos conceptos. Es Ud. demasiado generosa en sus ponderaciones de SIC.

Pero vamos a su (maliciosa?) pregunta. ¿Velas, flores, lamparitas...?

Señora: todo eso está bien. Es una manera santa y aprobada por la Iglesia de venerar al Santísimo, a Nuestra Señora, a los Santos... Símbolo de un afecto y de una veneración interna. Y el hombre necesita expresar así —plásticamente— sus sentimientos.

Pero le seré sincero —y adivino sin duda su intención— Entre nosotros esas manifestaciones *externas* de piedad pasan a veces la línea, incluso del buen gusto. Se presencian por ahí fiestas, altares, santos tan abarrotados de flores, de velas, de lámparas...! Y a veces se invierten en ello sumas fabulosas.

A mí me agrada más una piedad profunda y menos ostentosa. Me agradaría, sobre todo, que nuestras gentes piadosas pensasen mucho más en las imágenes vivientes de Cristo en la tierra: los pobres. ¿No recuerda V. lo que dice Jesucristo al hablar del juicio final... "porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estaba desnudo, y me vestisteis... en mis imágenes vivas los pobres...?"

Si V. me hubiera planteado la pregunta así: ¿En qué debo invertir con preferencia mil bolívares: en ayudar a los pobres, en catequizar a los ignorantes, en ayudar a la buena prensa...? o más bien en costear unas fiestas religiosas de aparato? yo no hubiera vacilado en responderle: En los pobres, en la catequesis, en la buena prensa. Y todavía le añadiría un detalle: Haga su limosna en secreto, sin ostentación, sin ofender al pobre, sin que el necesitado sienta la humillación de su pobreza, el bochorno de la mano tendida.

¿Complacida? No dudo que era lo que V. quería que se le dijera, y que se lo dijera Merlín en letras de molde en SIC. Merlín sabe muchas cosas y entre otras quién es Ud.

Aurora. — Sí, señorita; aparte modestia también aquí creemos que el segundo número de SIC supera en fondo y forma al primero. Mil gracias. Aguardo su juicio del número tercero. Pero conste que Merlín tiene muy poca parte en ése éxito.

Cosa parcaida tengo que responderle de su segunda pregunta. Acuda V. sobre esas cuestiones de organización social al P. M. Aguirre Elorriaga, aquí en el Seminario; o al R. P. Iriarte, en San Fran-

cisco. Los libros que desea no los poseemos en SIC, pero está por llegar de Buenos Aires un lote de vulgarización y propaganda social, por valor de 500 dólares. Daremos en SIC el catálogo, apenas lleguen.

Paquito. — La película LOS TRES DIABLILLOS no la teníamos aún censurada cuando Vd. me llamó por teléfono. Le advierto que nuestro *Directorio cinematográfico* no lo podemos actualizar más. La base de nuestros juicios son una revista mejicana y un periódico norteamericano. Nos haría falta, para complemento, una revista francesa, que esperamos obtener. Además resulta que algunas películas cambian en Caracas de título; y así no podemos reconocerlos antes de que aparezcan en la pantalla.

Tiene Ud. razón. Serán escasos los que rigen nuestros criterios. Aspiramos con todo a que algunos papás... se acomoden a ellos. Eso no basta ciertamente. Soy enemigo de los preceptos negativos: "No veas esto, no hagas aquello." Preferiría poder decir en Venezuela: *Vete al salón X, y ve aquellas películas.* Es urgente crear en Venezuela una Asociación católica de cine. Son estériles todas las prédicas negativas y no se logrará apartar del cine a los católicos. Lo que se impone es darles cine decente. Por cierto: estos mismos días hemos recibido en SIC una carta de Bogotá. Nos informan que la Acción Católica colombiana ha creado una sociedad cinematográfica y tienen ya 80 salones. Las películas, después de haberse dado en estos 80 salones, pasan a la Acción Católica del Perú. La lección es muy oportuna y Venezuela pudiera adherirse a esa empresa saneadora.

Valenciana. — Mil gracias, señora. Pida a Dios que el tercer número no demerezca de los dos primeros. Las suscripciones llegan en número insospechable.

Por cierto que me encuentro en un compromiso. Parece que Ud. no es la única valenciana que existe en el mundo, lo cual por otra parte no me era desconocido ni a mí ni a Ud. Hay, sin embargo, por esa capital carabobeña otra Valenciana, llena de pimienta, perejilera y tal, que hasta es suscritora de SIC y que protesta energicamente de que le haya arrebatado su pseudónimo. En fin, Uds. se entiendan. Yo estoy dispuesto incluso a llamarla a Ud. Valenciana II, como me aconseja mi viejo y cordial amigo Tío Perejil.

Es V. de las que van al fondo de las cosas. Corre ciertamente por los círculos de nuestro alto y bajo mundo esa tesis

de que la mujer ha de ser indulgente con el hombre. Que su virtud ha de ser disimular... comprender... tolerar... Eso no quita que estos mismos hombres sean exigentísimos con sus esposas y con sus hijas. Esta teoría es lamentable retroceso al paganismo, donde la mujer, en plena y refinadísima civilización, se convirtió en mero instrumento de placer; y en definitiva en esclava del varón. Según vamos retrocediendo al paganismo, se va evaporando el concepto cristiano de la mujer, madre, señora y reina del hogar.

No toda la culpa de este retroceso lamentable —lamentable sobre todo para la mujer— es de los varones. Si las mujeres no vistieran, no bailaran, no se bañarían... al compás de los caprichos de la moda, que se traduce por: al compás de los deseos brutales de los hombres, no habríamos llegado a tal estado de degradación que los hombres se atrevieran a defender públicamente la teoría de la indulgencia, el disimulo y la tolerancia comprensiva de sus vagabunderías.

Contra esa plaga, señora, no cabe más medicina que la sólida educación de los hijos y la dignificación del sentido de matrimonio a base de la doctrina de la Iglesia. Y no olvide que no toda la culpa es de los varones.

Chucho. — No señor; no se puede saber. Y sobre todo no me lo pregunte a mí, que tengo con la Dirección compromiso oficial de guardar el anónimo. Merlín —eso sí lo garantizo— es cosa insignificante, un verdadero anónimo.

Muchacho: es muy delicado eso que me pregunta. Y la respuesta no es para estas páginas; ni siquiera me corresponde a mí, sino a su Director espiritual o a su Confesor. Las relaciones de la época prematrimonial dan algunas libertades, cuando se trata de personas oficialmente comprometidas; pero esas libertades son mucho menores de lo que algunos se suponen.

Yo me contentaré con recomendarle las admirables frases de Cardijn sobre esa época de la vida; Ud. las puede ver en el número de SIC correspondiente al mes de Febrero. El noviazgo es la preparación a un santo Sacramento. Se prepara Ud., Chucho, a un acto santísimo como un día se preparó a la Primera Comunión. No olvidé que cuánto hace, la conquisista de su prometida, la mutua atracción, hasta ese afecto enloquecedor que siente, es cosa santa, algo que Dios ha querido y dispuesto, para llevarle a la santa vinculación matrimonial, para que de ella nazcan nuevos servidores del Altísimo. Qué bueno es entre ellos escoge un día el Señor un sacerdote.